

# EL REBAÑO PELIGROSO



DAVID  
NEL·LO

Editorial Bambú  
es un sello de Editorial Casals, SA

© 2019, David Nello, por el texto  
© 2019, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera,  
por la traducción  
© 2019, Editorial Casals, SA, por esta edición  
Casp, 79 – 08013 Barcelona  
Tel.: 902 107 007  
editorialbambu.com  
bambulector.com

Ilustración de cubierta: Diego Mallo  
Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2019  
ISBN: 978-84-8343-587-8  
Depósito legal: B-18362-2019  
*Printed in Spain*  
Impreso en Anzos, SL  
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta  
obra solo puede ser realizada con la autoriza-  
ción de sus titulares, salvo excepción prevista  
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de  
Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si ne-  
cesita fotocopiar o escanear algún fragmento de  
esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 /  
/ 93 272 04 45).

**L**os alumnos son como las nubes o las olas del mar; si los observas atentamente puedes saber cuándo amenaza lluvia o tormenta. Igual que se congregan las nubes o se encrespan las olas, cuando está a punto de pasar algo, los chicos y las chicas se reúnen en grupitos y hablan en voz baja; se percibe inquietud en el ambiente, se ríen, se miran de reojo, se dan codazos y en los pasillos se nota la electricidad que se va acumulando: son los rayos que anuncian la tormenta.

Naturalmente, eso lo sé ahora, después de toda una vida dando clase, porque he visto a tantos alumnos y alumnas que, si me fijo, los leo como si fueran un libro abierto. A veces no puedo soportar las conversaciones apocalípticas de mis colegas. Se quejan de que la juventud de ahora no tiene nada que ver con la de hace unos años, de que son más ignorantes, de que no tienen principios, de que son maleducados, de que no respetan nada...

Pues, la verdad, yo creo que lo que cambia son las formas, pero no el fondo. Ahora pasan muchas horas delante de las pantallas grandes y pequeñas; en otra época se las pasarían mirando por la ventana o saldrían a la calle a pasear por la plaza con la intención de ver y ser vistos. Pero siempre buscan lo mismo: desean que alguien los quiera, que les presten atención, que no los maltraten. Quieren reírse y pasárselo bien, y a veces, cuando están tristes, necesitan que alguna persona en la que confían les asegure que el mundo no es un lugar oscuro y siniestro, que siempre hay esperanza y que, si ahora su vida es un tormento, las cosas cambiarán y lo que hoy les parece terrible mañana no será más que un recuerdo desagradable que desaparecerá con el tiempo.

Evidentemente, no todo es tan sencillo, porque, si lo fuera, nunca habría conflictos y viviríamos entre algodones. Aunque esté feo decirlo, lo cierto es que algunos alumnos son auténticos bichos, y también algunos profesores. Los más temibles son los que no saben que lo son, porque que a veces la inconsciencia es un arma letal.

También los hay inocentes, y estos pueden convertirse en víctimas con facilidad. La picardía es una asignatura que no se enseña en el instituto, pero, a mi entender, debería ser materia obligatoria. A veces la inocencia me parte el corazón, y, cuando me sucede, procuro poner cara de póker, no inmutarme aparentemente, aunque sienta escalofríos en mi fuero interno; y entonces pienso: «¡Ay, madre, que dios te ampare, porque si no lo vas a pasar mal!».

Hace unos años, estaba dando clase a unos chicos que acababan de empezar en el instituto ese mismo curso –no

recuerdo de qué hablábamos, probablemente de mitos griegos y creencias antiguas– y sonó el timbre y todos se apresuraron a recoger sus cosas. Pero un alumno se quedó como traspuesto, no levantaba la vista del cuaderno y de vez en cuando movía la cabeza.

–¡Vamos, chico! ¡La clase ha terminado! –le dije.

Me miró con unos ojos azules y candorosos y sonrió tímidamente, pero siguió sin moverse.

–¿Quieres preguntarme algo?

–Señora Marçal...

Ese detalle tendría que haberme servido de advertencia: los alumnos casi nunca me tratan de usted, y menos aún me llaman «señora Marçal»; para la mayoría soy Blanca o la profe.

–Dime –lo animé.

–Bueno, es de todo lo que hemos hablado en clase. ¿A usted le parece que...? O sea, ¿está segura de que las brujas no existen?

Y se quedó mirándome con aquellos ojos azules que parecían agua limpia. Me entraron ganas de reír, pero me contuve. Él confiaba en mí y no podía decepcionarlo. Tardé un poco en contestar. Me apoyé en la mesa, que estaba encima de la tarima, y me quedé pensando en una respuesta satisfactoria.

–No, no creo que existan brujas con escobas voladoras. Y dudo que haya brujas que puedan hablar con los gatos o que tengan poderes mágicos y manzanas envenenadas. Las brujas modernas...

Aquí frené. El chico estaba muy verde para saber que las brujas modernas son muy difíciles de identificar

porque no llevan faldas largas y negras ni un sombrero puntiagudo de ala ancha, y no siempre tienen la nariz gan-chuda ni una verruga oscura y amenazadora en la barbilla. Las brujas modernas viven entre nosotros y a veces son encantadoras.

–No, hombre, claro que no existen las brujas –le dije por último.

–Gracias, señora Marçal –respondió, más animado, y, antes de salir del aula, me miró y sonrió.

Quién sabe qué habrá sido de ese chico. Ahora será un hombre hecho y derecho y dudo que se acuerde de esta pequeña anécdota, pero tal vez, en el fondo, todavía le asusten las brujas.

Últimamente me dan ganas de mirar atrás a menudo, de recordar mis años de profesora... supongo que es porque me falta poco para dejarlo definitivamente. Cuando llegue el próximo mes de septiembre no me invadirá la típica inquietud de todos los años: el nuevo curso. A pesar de todo, estoy segura de que el primer día de clase, a las ocho o las nueve de la mañana, miraré el reloj y me acercaré a la ventana, a ver si veo a algún chico que va corriendo porque llega tarde. En cambio, para mí se habrán terminado las carreras matutinas, porque no tendré que ir a ninguna parte, nadie estará esperándome, ni profesores ni alumnos. Me resultará raro, porque este ha sido el calendario vital que me ha marcado la vida mucho tiempo: principios de curso, vacaciones de Navidad, segundo trimestre, Semana Santa, último trimestre, fin de curso. Y así un año, y otro, y otro...

Recuerdo mis comienzos, cuando me inicié en esta profesión: entraba en clase con el corazón desbocado. Me daba la sensación de que todos esos chicos y chicas, que tenían diez o quince años menos que yo, me comerían viva. Escribía mi nombre en la pizarra: Blanca Marçal. Preparaba las clases a conciencia, no quería que nada escapara a mi control, era como si estuviera conduciendo aferrada al volante con más fuerza de la necesaria, porque en aquella época todavía no sabía que, tanto el coche como la clase, hay que conducirlos con flexibilidad, y a veces incluso con cierta despreocupación. Si oía decir a un alumno: «¡Qué rollo!», me ofendía y me lo tomaba como una afrenta personal. ¿Cómo era posible que no les interesara lo que tenía que enseñarles? Con los años he aprendido que muchas veces los alumnos no saben muy bien qué es lo que les interesa y, con un poco de mano izquierda, se les puede engatusar con la poesía medieval trovadoresca o con textos experimentales de escritores futuristas. Da igual de qué les hables, lo esencial es que ellos crean que lo que les cuentas tiene relación con su vida, que son ellos los protagonistas de la materia que enseñas.

¿Cuántos años hace que estoy en Torretes? Más de veinte, y hace siete u ocho que soy jefa de estudios del instituto Emilia Pardo Bazán. Con los de Bachillerato me divierto. El primer día de clase les pregunto si saben quién era Emilia Pardo Bazán. La mayoría de los alumnos se limita a encogerse de hombros. Siempre sale el gracioso de turno que dice en voz baja: «Era una pringada». Y yo, como si oyera llover. Después les explico que no era una pringada, sino una escritora gallega muy famosa. Les anuncio que en este

curso vamos a leer una novela suya, una novela corta que se titula *El cisne de Vilamorta*.

Algunos comentan que si es breve, mejor. Yo los miro y veo las olas del mar, las nubes del cielo, las caras de esos chicos y chicas todavía a medio hacer; desconocen el argumento, no saben quién es el protagonista del texto que vamos a leer todos juntos. Me limito a decir que Minguitos es un muchacho deforme y enfermizo.

—¿Estáis preparados? Bien, pues escuchad la descripción que hace doña Emilia Pardo Bazán de Minguitos, el muchacho deforme.

Y a continuación leo el siguiente párrafo en voz alta:

No era congénita la joroba de Minguitos: nació delicado, eso sí, y siempre se notó que le pesaba el cráneo y le sostenían mal sus endebles piernecillas... Leocadia iba recordando uno por uno los detalles de la niñez... A los cinco años el chico dio una caída, rodando las escaleras; desde aquel día perdió la viveza toda; andaba poco y no corría nunca; se aficionó a sentarse a lo moro, jugando a las chinas horas enteras. Si se levantaba, las piernas le decían al punto: párate. Cuando estaba en pie sus ademanes eran vacilantes y torpes. Quieto, no notaba dolores, pero los movimientos de torsión le ocasionaban ligeras raquialgias. Andando el tiempo creció la molestia: el niño se quejaba de que tenía como un cinturón o aro de hierro que le apretaba el pecho; entonces la madre, asustada ya, le consultó con un médico de fama, el mejor de Orense. Le recetaron fricciones de yodo, mucho fosfato de cal y baños de mar. Leocadia



corrió con él a un puertecillo... A los dos o tres baños, el mal se agravó: el niño no podía doblarse, la columna estaba rígida, y solo en posición horizontal resistía el enfermo los ya agudos dolores. De estar acostado se llagó su epidermis; y una mañana en que Leocadia, llorosa, le suplicaba que se enderezase y trataba de incorporarle suspendiéndole por los sobacos, exhaló un horrible grito.

Después me quedo mirándolos sin decir nada. Se nota el efecto de la poderosa prosa de Pardo Bazán. No en todos, naturalmente, más de la mitad de los alumnos ni me ha oído, prefieren distraerse con cualquier cosa porque creen que la vida no está en el instituto ni en las páginas de *El cisne de Vilamorta*, sino en un espacio abierto, lejos de las ventanas y de las puertas cerradas. Y en parte tienen razón, pero solo en parte. Sin embargo, a los pocos que han prestado atención, les ha intrigado la figura perturbadora y digna de lástima de Minguitos.

—¿No os recuerda a nadie el personaje de Minguitos?  
—les pregunto.

Más risitas y miradas de reojo. Un descerebrado sale por peteneras:

—Profe, a mí me parece la descripción perfecta de Gerard cuando llega al insti a primera hora de la mañana.

Lo dice señalando a su compañero de pupitre, que resulta ser el tal Gerard. Pero entonces llega la sorpresa. Se levanta una mano en el fondo de la clase; es un chico que parecía estar en la luna de Valencia y que no paraba de jugar con el bolígrafo.

–A mí me ha recordado al jorobado de Notre-Dame, uno que se llamaba Quasimodo.

–Pero ¡eso es una peli, *atontao!*

–¡Ya lo sé, chaval!

–Yo también la vi y me gustó.

–Pero era de dibujos animados, ¿no?

Y los dejo explayarse un poco, como el pescador que suelta sedal al pez cuando pica el anzuelo. Después les explico que sí, que Minguitos se parece al jorobado de Notre-Dame, y que tal vez no sepan que el origen de la película es un libro que escribió Victor Hugo, que se titulaba *Notre-Dame de Paris*.

A esto me refería antes, cuando dije que todo es más fácil si los alumnos tienen la impresión de que lo que hacemos en el aula tiene alguna relación con ellos. Y me da igual que la llave de paso hacia la obra de Pardo Bazán sea una versión edulcorada de la novela de Victor Hugo firmada por la factoría Disney. Ahora ya los tengo a todos en el bote y con ganas de saber más, incluso a los que habían dictaminado que *El cisne de Vilamorta* iba a ser un rollo. A partir de aquí, solo hay que saber conducirlos por los escollos y las dificultades de la prosa de Pardo Bazán, porque el texto se las trae, sin duda, y si son capaces de leerlo, entenderlo y asimilarlo, no lo olvidarán así como así.

Un año, el primer día de clase de Literatura Española, les leí este mismo fragmento y, cuando terminé, un chico que llevaba una gorra de béisbol con la visera de lado levantó la mano.

14      –Profe, no he entendido nada. Había la tira de palabras superraras. ¿Por qué han puesto en nuestro insti a un escritor tan pasado de moda? –preguntó.

Su compañero le quitó la gorra de la cabeza y le dijo:

–¡El problema eres tú, chaval, que no te enteras!

Y toda la clase se echó a reír. Tengo que reconocer que aquel curso la pobre Pardo Bazán nos dio mucho trabajo.

Ahora me pregunto qué libros les mandará leer el profesor de Literatura Española el próximo curso, cuando yo ya no esté.

**T**orretes se encuentra a unos cincuenta kilómetros de Barcelona en dirección norte y no es ni un pueblo ni una ciudad, sino una cosa intermedia: a veces la llaman municipio, pero esta palabra me da pena o algo parecido; es como si le faltara vitalidad. A lo mejor podríamos decir que es una villa. ¿Es bonita? No mucho, pero tampoco es fea. Tiene un torrente que está seco las tres cuartas partes del año y cuando llega la temporada de lluvia se convierte en un río salvaje que arrastra todo lo que encuentra a su paso, incluso coches, alguna vez. Por el oeste discurre una cadena de lomas y, si las miro, cuando estoy de buen humor me parecen montañas. Torretes ha crecido gracias a la llegada de forasteros. La mayoría llegó cuando las industrias locales necesitaban mano de obra, pero eso fue hace mucho tiempo. La última fábrica superviviente, que era de plásticos, cerró hace tres años y muchas familias se quedaron en el paro.

Los funcionarios del Ayuntamiento que se ocupan de las iniciativas turísticas hacen lo que pueden. Una vez al año organizan una feria medieval, con herreros, burros, actores disfrazados de nobles y chicas que hacen de damiselas. Una vez vi un puesto en el que vendían teléfonos móviles y los anunciaban como «los auténticos móviles de la Edad Media»; el vendedor llevaba turbante y unas mallas a rayas. En otra campaña de promoción del pueblo publicaron un díptico con una foto de la parte más antigua de Torretes; al pie, en letra sinuosa, pusieron el dudoso eslogan: «Torretes, todo un mundo».

Recuerdo que, cuando llegué, pensé que iba a ser una fase transitoria, de unos pocos años nada más, y que después volvería a Barcelona. En aquel momento necesitaba cambiar de vida porque quería huir de... bueno, a lo mejor lo cuento después, pero ahora todavía no. Aquí conozco a mucha gente y, cuando voy por la calle, no paro de saludar a diestro y siniestro. Después de tanto tiempo en Torretes, sospecho que el anonimato de Barcelona podría no gustarme. Tengo una casita que es mi fortaleza, con un patio en la parte de atrás lleno de plantas y una pérgola que es mi refugio en verano. Cuando hablo por teléfono con Anna, mi hija mayor, siempre me dice lo mismo: «Mamá, ¿no te aburres en Torretes?». Y yo, en vez de responder, me río. Sí, claro que sí, a veces me aburro, pero igual que si viviera en Honolulu o en la Patagonia. Dina, la menor, es diferente: «Mamá, mañana voy a comer, ¿me haces algo rico?». Y cuando le digo que sí, es ella la que se ríe, enseguida le entran las ganas de colgar y al día siguiente se presenta muerta de hambre, hablando por los codos, y me cuenta anécdotas. Son muy distintas la una de la otra.

Y ¿qué tal me encuentro en el instituto? A estas alturas ya casi ni me lo planteo, porque sé que no me voy a quedar mucho tiempo más y por lo tanto no vale la pena pasar un mal rato por las cosas que no me gustan o que me parece que tendrían que funcionar mejor. Todos mis compañeros me llaman «la Marçal», y algunos me temen, sobre todo los profesores más jóvenes. Dicen que tengo mucha mala uva, pero no siempre es cierto. Tengo mis más y mis menos con Cambrià, el director, pero nos respetamos mutuamente. Hace seis años, después de la muerte de Toni, pensé en marcharme, pero ahora me alegro de no haberlo hecho. No quiero huir más. La única vía de escape que me queda ahora es el cementerio, cuando llegue el momento, y ya sé que suena muy lúgubre, pero me da igual.

En la mesita de noche tengo una foto que nos hicimos en Santiago de Compostela, una vez que fuimos a pasar tres o cuatro días. No es un *selfie*, porque los *selfies* me parecen una porquería. Estábamos en la plaza del Obradoiro y le pedí que nos la hiciera a una mujer que pasaba por allí; se hizo un lío con mi cámara, pero al final se las apañó perfectamente. Cada vez que miro la foto y nos veo tan alegres, sonrío y al mismo tiempo me pongo triste. El tiempo se para un momento, después muevo la cabeza y sigo con lo de siempre, porque yo todavía estoy viva.

De mi exmarido, el padre de Anna y Dina, no tengo ninguna foto expuesta. Lo digo por si le interesa a alguien.

Me acuerdo muy bien del día en que apareció Toni en el Pardo Bazán. Me lo presentó el director y enseguida me di cuenta de que tartajeaba una barbaridad. Al principio pensé que estaba nervioso, y él, como si me hubiera leído

el pensamiento, me dijo: «Es que soy tartamudo, ¿sabes?». Se echó a reír y añadió que ser un profesor de filosofía tartamudo era una desgracia. Pero de eso nada. Toni sabía meterse a los alumnos en el bolsillo, lo respetaban hasta los más gamberros, aunque su presencia física no era nada imponente. Era tirando a bajo, llevaba barba, el pelo un poco descuidado y a veces parecía un inútil. Quizá su fuerza radicara en la mirada insistente e inquisitiva. Tenía cinco años menos que yo y, a pesar de sus peculiaridades, o tal vez por eso, también tenía mucho encanto. Cuando coincidíamos en el patio o en la entrada del instituto me hacía preguntas, quería hablar conmigo; me halagaba que se fijara en mí. Podía haber flirteado con las profes más jóvenes, como Iglesias, la de Inglés, por ejemplo, pero él prefirió a la desabrida de la Marçal, y, claro, después de tantos años de soledad y de vacío afectivo, la Marçal se derritió como un azucarillo.

A veces miro a mis alumnos, tan jóvenes todos, como cachorros, esbeltos y llenos de fuerza, con los brazos musculosos, las piernas bien torneadas, el pelo lustroso, el pecho turgente, la piel tersa, sin arrugas, y me pregunto qué les deparará la vida. Y de pronto me entran ganas de mandar los ejercicios y las lecturas a hacer puñetas. Me gustaría decirles: «Vivid y fijaos mucho en lo que os rodea, sed amables con vuestros compañeros, pero no cedáis a la prepotencia ni a la grosería. Rebelaos si es necesario, pero no mortifiquéis porque sí». Bueno, en fin, si les dijera todo eso dejaría de ser Blanca Marçal, la jefa de estudios, la profe más bien hueso que no consiente tonterías en clase. Si supieran las cosas que a veces se me pasan por la cabeza

se quedarían de piedra. Más de uno diría: «La Marçal está colgada».

«Ya lo creo que les caes bien», me decía siempre Toni, y cuando le replicaba que mi relación con los alumnos era más bien formal y que no podía traspasar ciertas barreras, se reía y me aseguraba que si quería tener más éxito, lo único que tenía que hacer era tartamudear como él. Toni era un hombre extraño, sí, extraño y maravilloso, e imprevisible. A veces hay gente como él en el mundo, gente que no puede durar. Son como un juguete bonito que sabes que tarde o temprano se estropeará o se romperá.

«¿Por qué no sales en grupo, en vez de ir solo?», le decía yo, cuando sabía que al día siguiente se iría a pasear en bicicleta. Él me contestaba que nadie quería ir con él porque iba muy despacio. Otras veces me contaba todo lo que pensaba mientras pedaleaba por las carreteras de los alrededores de Torretes. «Parece imposible, ¿verdad?, pero en veinte o treinta kilómetros rehago toda la historia de la filosofía, desde los griegos hasta nuestros días. Y no creas que solo me acuerdo de los grandes, como Aristóteles o Cicerón, me da tiempo a pensar incluso en otros que no conoce casi nadie. Y medio kilómetro más allá veo el bigotazo de Nietzsche o me exalto con las ideas anarquistas de Bakunin».

¿En qué filósofo estaría pensando cuando lo atropelló la furgoneta? A mí me avisó Cambrià, y cuando le oí la voz por teléfono supe que había pasado algo grave. El director del instituto no te llama el domingo por la mañana para hablar del trabajo. Y cuando pronunció el nombre de Toni me quise morir. Enseguida pensé que tenía que haberlo



intuido. Era demasiado bonito, demasiado interesante, me dije; es como si existiera una especie de justicia injusta que no permite que los momentos apasionantes de la vida duren mucho. Sin embargo, parece que quiere extender los aburridos o los dolorosos hasta el infinito.

Cuando lo supieron sus alumnos, se quedaron como huérfanos. Nunca los había visto tan callados. Andaban despacio por los pasillos y, por una vez en la vida, no se empujaban ni se daban golpes unos a otros. La pobre profesora de filosofía que lo sustituyó lo tuvo muy difícil, aunque no era mala, desde luego. Pero, claro, no era Toni.

Hubo una pintada en la pared de la entrada del instituto que duró mucho tiempo, y que decía: «Tartaja, te echamos mucho de menos». Todo el mundo sabía quién era el autor: Mario Villarluengo, uno de los chicos más brutos que han pasado por el instituto. Pero nadie lo regañó ni le dijo nada. Ni nadie se habría atrevido. Y todas las mañanas, cuando llegaba al instituto, lo primero que hacía era leer esas letras toscas pensando que yo, igual que Mario, también echaba mucho de menos a mi querido «tartaja». Con el tiempo, la pintada perdió nitidez, hasta que un día un alumno más joven, que no sabía quién era Toni, pintó encima un signo de esos estúpidos que no tienen ninguna gracia y desfiguró el mensaje anterior. Con el tiempo mi pena se suavizó, pero no desapareció del todo, desde luego. Desde entonces no he conocido a nadie que pudiera hacer sombra a Toni y, la verdad, dudo que exista esa persona y que llegue a Torretes algún día.